

Periodismo de guerra y seguridad. Una necesidad endógena

Pablo SAPAG MUÑOZ DE LA PEÑA

ABSTRACT

New technologies and transport facilities are dramatically changing war journalism as it was practiced the last decades. Those factors are responsible of the growing presence of non professional free lances and citizen journalist on a field previously reserved to professional journalists. Those new actors introduce a non regulated labour competition -some times instigated by short term media companies interests-, poor quality journalism and low standard security performances. On this new scenario high quality information and security measures are the only weapons left to professional journalists to compete in this new environment. As security is a condition for good information, in this paper we focus on it always regarding the dramatic security situation of Spanish war journalism in order to propose a solution to that drama.

INTRODUCCIÓN

La masificación de las nuevas tecnologías de la información, combinada con las facilidades de desplazamiento por todo el mundo de la mano de las compañías aéreas de bajo coste —low cost—, amenazan la continuidad de la práctica del periodismo de guerra tal y como se venía ejerciendo durante las últimas décadas. Y así es porque esos dos condicionantes han provocado la irrupción, en un terreno anteriormente reservado a periodistas profesionales, de un cada vez más creciente grupo de *free lance* no profesionales¹ y, lo que es incluso peor, de los llamados *citizen journalists*. La existencia de esos ciudadanos periodistas es alentada por los propios medios de comunicación para abaratar costos en tiempos de competencia desatada y crisis generalizada y, si bien permiten llenar espacios informativos, lo hacen en la inmensa mayoría de los casos con poca o nula calidad periodística. De paso, unos y otros disparan los riesgos de aquellos otros actores —entre los que ciertamente se cuentan los periodistas profesionales— presentes en un escenario en el que se desarrolla un conflicto armado.

Esta situación obliga a los periodistas profesionales a redefinirse y a proyectar lo que realmente los diferencian: calidad informativa y altos niveles de seguridad en el desempeño de su trabajo. A la larga, ambos son rentables para las empresas informativas, las mismas que abusan de la aparición de esos nuevos actores no profesionales. Al ser lo segundo un elemento imprescindible para que se pueda dar lo primero, en este artículo nos centraremos en el aspecto de la seguridad teniendo en ese sentido siempre presente la dramática realidad del periodismo de guerra español, uno de los que proporcionalmente más bajas ha experimentado en los últimos años,²² lo que sin duda exige una reflexión y una propuesta de solución.

TIPOLOGÍA DE CONFLICTOS EN LA POSGUERRA FRÍA

La caída del Muro de Berlín y el final de la Guerra Fría supuso no sólo una evidente transformación geopolítica, sino también, y como consecuencia de ella, un cambio radical en las motivaciones de los conflictos armados. De aquellos definidos esencialmente por la contraposición ideológica entendida estrictamente en sentido político, se pasó a otros que durante medio siglo parecieron no existir: los definidos por causas étnicas³³ en sentido amplio, tanto en exclusiva o combinados con causas materiales, como el control del territorio en razón de la disputa en torno a los recursos naturales y el agua. Sobre el particular, Robert Kaplan apunta:

Las guerras del futuro serán de supervivencia comunitaria, agravadas o, en muchos casos provocadas por la escasez medioambiental. Tales guerras serán subnacionales, lo que significa que será difícil que los estados y los gobiernos locales protejan físicamente a sus ciudadanos. Así, muchos estados acabarán por extinguirse. A medida que el poder estatal vaya desapareciendo —y con él la capacidad del estado de ayudar a los colectivos más débiles de la sociedad, por no hablar de otros estados— los pueblos y las culturas de todo el mundo sólo podrán contar con sus propias fuerzas y debilidades y tendrán menos mecanismos de protección (Kaplan, 2000: 65).

En la mayoría de los casos, estos conflictos posguerra fría se han desarrollado al margen del estado nación o ejerciendo éste un papel secundario y desde luego no absolutamente protagónico como en los tiempos del enfrentamiento entre bloques. Todo eso ha complicado enormemente la definición de los actores presentes en los conflictos, que ya no son en exclusiva los ejércitos estatales bien definidos, organizados e identificables. Frente a ellos, grupos guerrilleros, paramilitares y simplemente delictivos con mayor o menor ropaje político a la hora de esgrimir una justificación de sus acciones, han ocupado el lugar de los ejércitos estatales. Véase, por ejemplo, la descripción que Peter Mass hace del Frente Unido Revolucionario de Sierra Leona en el artículo que se cita más abajo, en el marco de la discusión que nos ocupa en torno a la merma de la seguridad en estos nuevos escenarios: “los rebeldes son poco más que saqueadores con Ray-Bans y Kalashnikovs” (Mass, 2001:116).

En la práctica eso se ha traducido en conflictos cada vez más desordenados, donde no hay ningún cumplimiento de las convenciones que regulan la guerra, las mismas de las que en teoría se benefician en su condición de civiles los periodistas y otros actores secundarios de los conflictos armados. Esos nuevos conflictos, pues, son más virulentos, más mortíferos en cuanto más desordenados, sin frentes concretos y con pocas posibilidades de exigir responsabilidades a quienes nunca o casi nunca se identifican claramente, a diferencia de lo que ocurre con los ejércitos profesionales de tipo estatal y sometidos al imperio de la ley.

Puesto que como advierte Van Creveld⁴⁴, el radio de confianza en las sociedades tribales está restringido a la familia inmediata y a los compañeros de guerrilla, las treguas pactadas con un oficial bosnio, por ejemplo, pueden ser rotas de inmediato por otro oficial bosnio. La plétora de alto el fuego efímero en los Balcanes y el Cáucaso constituye la prueba de que ya no vivimos en un mundo en el que rigen las viejas normas de la guerra de estado. Más pruebas aporta la destrucción de monumentos medievales en el puerto croata de Dubrovnik: cuando combaten culturas más que estados, los monumentos culturales y religiosos se convierten en armas de guerra, lo que hace de ellos objetivos legítimos. / Además, las entidades beligerantes ya no estarán restringidas

a un territorio específico. Organismos dispersos y oscuros, como las organizaciones terroristas islámicas, sugieren por qué las fronteras importan cada vez menos y las capas sedimentarias de identidad y control tribal importan más. / La visión prewestfaliana de Van Creveld de un conflicto mundial de baja intensidad no es un guión superficial de “regreso al futuro”. / “Una vez que el monopolio legal de la fuerza armada, durante largo tiempo reclamado por el estado, le sea arrebatado de las manos, las distinciones existentes entre guerra y crimen se esfumarán, como está siendo el caso de El Líbano, Sri Lanka, El Salvador, Perú o Colombia” (Kaplan, 2000: 64).

Ese acusado cambio de escenario ha multiplicado los riesgos y amenazas que para su seguridad deben afrontar los periodistas y otros informadores especializados en la cobertura de guerras y otros conflictos armados. Así lo han constatado ellos mismos a lo largo de estos años.

En Bosnia, la muerte de reporteros, fotógrafos y cámaras alcanzó tales proporciones que nosotros mismos empezamos a armarnos cubriendo nuestros pechos y espaldas con catorce kilos de acero y encerrándonos en vehículos blindados. Unas pocas semanas en Sarajevo y yo me di cuenta de lo que suponía en la Edad Media para los caballeros ir provistos de armaduras. Correr resultaba tan agotador que apenas me quedaban fuerzas para enviar una crónica. Además, la sensación de miedo que eso provoca me limitaba seriamente la capacidad de escribir.⁵⁵

En cuanto al periodismo de guerra español, prácticamente empezaba a desarrollarse con cierta continuidad y afán internacionalmente competitivo justamente en el momento en el que se produce ese cambio de condiciones por las modificaciones geoestratégicas ya enunciadas. Anteriormente, el periodismo de guerra español se desarrolló de manera intermitente, vinculado a personalidades concretas más que a una estructura con vocación de permanencia y en consecuencia creadora de escuela. Las causas de ello tienen que ver con la ausencia de España de las dos guerras mundiales⁶⁶ y su escaso papel internacional en el período de la Guerra Fría. En ese sentido, cabe recordar que España no estuvo entre los miembros fundadores de la ONU y su ingreso en la misma sólo llegó en 1955 debido al rechazo que generaba el régimen franquista. Rechazo no del todo superado con la adhesión, lo que explica el papel secundario de España en la arena internacional y, por lo mismo, el enclaustramiento en su territorio de los militares españoles y de los periodistas especializados en conflictos armados o información relacionada con la defensa.

Los conflictos que sí libraron los militares españoles en las posesiones coloniales africanas —guerra de Ifni (1957), Sahara (1975)— se enfocaron periodísticamente desde un prisma interno y con fuerte acento propagandístico, lo cual limitó el desarrollo de la información especializada en conflictos armados a partir de los mismos. Sólo el final del franquismo y la entrada del país en cierta normalidad institucional, años después de la última intentona golpista contra el nuevo régimen democrático el 23 de febrero de 1981, dieron al periodismo español una perspectiva más internacional y, dentro de esa área de especialización, más proclive a la cobertura de conflictos armados. Las misiones internacionales de las fuerzas armadas españolas, de las que ahora se cumplen veinte años, obligaron a los medios de comunicación y al periodismo español a hacer un esfuerzo por sistematizar en parte la cobertura de la información relativa a los conflictos armados con o sin participación directa de las fuerzas armadas españolas en cualquiera de las fases de los mismos. En ese sentido, el relativo consenso en política exterior

desde la Transición y hasta el comienzo del segundo mandato de José María Aznar (Partido Popular), otorgaron al periodismo internacional en general y al relativo a los conflictos armados en particular cierto espacio para desarrollarse al margen del intervencionismo político tradicionalmente presente en otras áreas del periodismo español y, en ese sentido, trabajar hacia una profesionalización que le permitiera recuperar el tiempo perdido.

La política española en relación a la invasión de Iraq en 2003 y el consecuente y contestado envío de tropas a ese país rompió definitivamente ese consenso, convirtiendo al periodismo internacional y en especial el relativo a conflictos armados, en un campo de batalla más para las luchas partidarias justo en el momento en el que esa área de especialización demandaba menos interferencias para poder centrarse en su gran problema: la merma constante de las condiciones de seguridad derivada de los nuevos conflictos posguerra fría.

NUEVOS ACTORES EN TORNO A LA INFORMACIÓN DE CONFLICTOS

Sin embargo, y como si la nueva tipología de conflictos no fuese suficiente para modificar por sí misma las condiciones de seguridad de los periodistas, en el último tiempo otro factor añade riesgo y peligrosidad al trabajo de los informadores en zona de conflicto. Nos referimos a la creciente aparición en los teatros de operaciones de personal no cualificado, ya sea en la forma de free lance no profesionales o adoptando la condición de citizen journalists. Unos y otros irrumpen con fuerza en un escenario en el que durante mucho tiempo sólo hubo cabida para el mismo grupo de actores.⁷⁷ Lo hacen en razón de dos elementos que han modificado el periodismo en general y, debidamente combinados, el periodismo internacional y su máxima disciplina: el periodismo de guerra.

Nos referimos, de un lado, al abaratamiento y masificación de las tecnologías de la información y la comunicación. En ese sentido, los informadores profesionales y al servicio de medios de comunicación claramente establecidos e identificables han perdido el monopolio de uso de esas tecnologías, hoy disponibles para amplias capas de la población e incorporadas incluso a sus artilugios de uso cotidiano al margen de que se planteen o no hacer uso de los mismos con fines periodísticos e informativos. Ahí están los teléfonos móviles con cámara de fotos y vídeo y grabadora de audio incorporadas, por no mencionar a las minicámaras digitales, los ordenadores portátiles con conexión satelital y otros artilugios hoy asequibles para un amplio número de personas.

Por otro lado están los vuelos de bajo coste y otros cambios en la industria del transporte de personas, que han convertido desplazamientos otrora sólo posibles de financiar por empresas de cierta envergadura o una minoría de rentas altas, en accesibles para una numerosa franja de población, al menos de los países económicamente desarrollados.

Los free lance no profesionales han combinado ambos elementos para desplegarse en las zonas de conflicto, encontrando así una forma de ganarse la vida sin necesidad de pasar ningún filtro, ni académico ni de selección de personal por parte de las empresas de comunicación. Por su parte, los citizen journalists, civiles en zona de conflicto, se han beneficiado del primer elemento, la tecnología de uso universal y bajo coste. Eso, y el aliento constante de unos medios de comunicación centrados en los beneficios inmediatos a través, no de la calidad del producto, sino de la cantidad y del beneficio a corto plazo, han creado identidad de citizen journalists a esos civiles antes consumidores de la información y hoy convertidos en productores de la mis-

ma con clara conciencia de ello pero, obviamente, sin ninguna preparación más allá del dominio de los artilugios técnicos que los han empoderado como tales ciudadanos periodistas.

En la última década unos y otros, free lance no profesionales y ciudadanos periodistas, han hecho su aparición en masa en los escenarios en los que se libran conflictos armados. Esa irrupción ha venido a provocar todavía más desorden en un espacio en el que los protagonistas del conflicto principal son igualmente irregulares, imprevisibles y, en consecuencia, peligrosos. Los mismos que hoy son incapaces de diferenciar entre periodistas profesionales o no a la hora de tratar con unos u otros, lo cual, en parte, explica el aumento de incidentes, algunos de ellos mortales. A eso hay que añadir la presión que, para los periodistas profesionales, supone la competencia desleal de free lance no profesionales y citizen journalists, lo que obliga a los profesionales a asumir riesgos no hace mucho impensables y desde luego innecesarios.

FACTORES EXÓGENOS Y ENDÓGENOS DEL PERIODISMO DE GUERRA

Al margen de las aproximaciones de tipo literario ancladas en el aventurerismo romántico, el periodismo de guerra puede y debe ser estudiado y analizado desde una sólida perspectiva teórica que permita entender de manera crítica su accionar y, a partir de ahí, proponer soluciones técnicas a los muchos problemas y desafíos que enfrenta el periodismo en torno a los conflictos armados como área de especialización informativa. En ese ámbito, nuestra teoría de los factores exógenos y endógenos del periodismo de guerra se presenta como una alternativa más en ese sentido. Esos elementos han estado presentes en la ya más que centenaria historia del periodismo de guerra profesional, ese que nace de la mano de la industrialización y de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación asociadas a la misma, pero también de la sistematización de las técnicas de control de la información por parte de ejércitos y gobiernos y de la masiva alfabetización. Factores exógenos y endógenos cuya combinación a la larga determinan el rendimiento informativo y la seguridad de los informadores en zona de conflicto, cuestión ésta que aquí nos ocupa.

Como su nombre indica, los primeros son externos en cuanto escapan al control directo del periodismo, tanto del corresponsal de guerra o enviado especial a la zona de conflicto como de su retaguardia, es decir, los editores y periodistas de mesa, que contrariamente a lo que sostiene la escuela de periodismo romántico y aventurero, juegan un papel tan importante como el de aquellos a la hora de hacer información sobre un conflicto armado. Esos elementos externos se derivan de la forma en la que los aparatos de comunicación, censura y propaganda de los ejércitos, gobiernos y otros actores implicados directamente en el conflicto armado controlan la información. Hablamos de las estrategias y tácticas de censura y propaganda. Obviamente, los periodistas no las determinan, sólo pueden intentar adaptarse a ellas de la mejor forma posible, de ahí que, desde un punto de vista técnico, sea tan importante conocer la génesis y evolución de esas estrategias y tácticas. Ese conocimiento es el que permite a los periodistas tomar decisiones racionales, técnicas, y no impulsivas y, en consecuencia, mejorar su rendimiento informativo alejándose lo máximo posible de la propaganda y mejorando el umbral de seguridad, pues en gran medida todo eso depende de esos elementos exógenos.

Junto a lo externo, aquello que el periodismo no puede controlar directamente pero sí conocer para adaptarse, está todo aquello sobre lo que los medios de comunicación y los periodistas sí pueden operar de manera directa, en definitiva, todo lo que sí depende de lo que

ellos hagan. Elementos que para la otra parte involucrada en la lucha por la información en todo conflicto armado pasan a ser exógenos y a los que, por cierto, también buscan adaptarse, quizás con más éxito que los periodistas y los medios de comunicación para los que trabajan, pues los militares pertenecen a instituciones permanentes en el tiempo, lo que les permite conflicto a conflicto sacar conclusiones para preparar mejor el control de la información en el siguiente.

Esos factores endógenos son básicamente cuatro. En primer lugar está el compromiso ideológico de medios y periodistas, en este último caso tanto de tipo político —incluido el patriotismo— como uno no menos pernicioso: el compromiso consigo mismo, que bajo la forma del egocentrismo termina por sustituir la información por la promoción personal, lo que muchas veces explica la toma de decisiones arriesgadas sin más sentido que la propia proyección personal del periodista.

El segundo de los factores endógenos tiene que ver con la motivación que tiene un medio para cubrir un determinado conflicto armado. En muchas ocasiones esos despliegues tienen muy poco que ver con lo estrictamente informativo. Se trata, más bien, de proyectar la capacidad operativa y técnica del medio por una simple apuesta de promoción mediática o marketing. En definitiva, en esos casos, lo único que importa es lo que McLuhan sintetizó bajo la idea de “el medio es el mensaje”. Lo que importa, pues, es el medio en sí y no la información periodística. Cuando esa es la motivación principal de un medio a la hora de cubrir un conflicto, el papel del periodista se reduce considerablemente y, en consecuencia, también la información que pueda elaborar, de ahí que si tiene asumido el impacto que ese factor mercantilista tiene en el ejercicio de sus funciones, decida con toda lógica no asumir riesgos que de otra forma sí estaría dispuesto a correr en procura de la información.

Respecto al tercer factor endógeno involucrado en la cobertura periodística de un conflicto armado, ya hemos mencionado la importancia que para un buen desempeño informativo tiene la retaguardia del corresponsal sobre el terreno, es decir, los editores y periodistas de mesa que contextualizan, ordenan, sitúan y complementan el trabajo de ese corresponsal o enviado especial. Para que todo eso pueda ocurrir y, en consecuencia, la información aumente su calidad, es necesario que la relación entre el periodista sobre el terreno y su retaguardia sea fluida y se desarrolle por canales claramente establecidos. Cuando eso no ocurre se pierde información y muchas veces se termina contribuyendo involuntariamente a los intereses propagandísticos de las partes directamente implicadas en el conflicto armado. Por otra parte, una falta de comunicación o la deficiencia de la misma explican algunos de los problemas de seguridad que enfrentan los informadores sobre el terreno.

Por último, el cuarto factor endógeno relativo al periodismo de guerra tiene relación con la preparación técnica de los informadores, tanto desde un punto de vista teórico⁸⁸ como práctico, lo que incluye todo lo relativo a las medidas de seguridad en sentido amplio: desenvolvimiento en zonas minadas, paso de controles militares y otros *check points*, zona de francotiradores, desplazamientos por carretera, organización de un convoy, selección de alojamientos, etc.

Para una parte muy importante del periodismo, incluido el de guerra, lo que existe es una separación absoluta entre lo endógeno y lo exógeno, entre lo que depende en exclusiva de sí mismo y lo que viene dado por lo que hacen los actores a los que el periodismo convierte en objeto. Así, cuando hay aciertos todo es atribuible al buen hacer periodístico, a la correcta combinación de sus factores endógenos. Ahora bien, cuando las cosas salen mal —mucho más a menudo de lo que el propio periodismo está dispuesto a aceptar— todo cae del lado de lo exógeno. Hay pues una evidente y, en cierto sentido, paradójica ausencia de autocrítica perio-

dística, alimentada por el monopolio absoluto en los contenidos que han ostentado los medios de comunicación hasta muy reciente fecha. En ese sentido el periodismo es tramposo, pues se apunta en exclusiva los éxitos y evade responsabilidades culpando a otros de sus fracasos. De esta forma, cuando las cosas salen razonablemente bien desde el punto de vista informativo, todo se ha debido al periodismo de guerra que ha sido capaz de vencer a los aparatos de censura y propaganda que hurtan a la opinión pública su legítimo derecho a saber, ocultando que a la censura y la propaganda externa hay que sumar las propias, muchas veces resultado de la pura incompetencia profesional. Vietnam es un caso claro de ese triunfalismo, en parte justificado por aciertos propios o, si se quiere, endógeno, aunque, también en parte, esa victoria del periodismo sobre el aparato de comunicación, censura y propaganda de los Estados Unidos se debió a factores exógenos relacionados con la deficiente elección de la estrategia general de control de la información.⁹⁹

LA SEGURIDAD DESDE LO ENDÓGENO: PETER MASS Y EL CASO DE MIGUEL GIL

Respecto a la otra gran cuestión que enfrenta el periodismo de guerra profesional, es decir, el creciente deterioro de las condiciones de seguridad con las que se realiza el trabajo, ocurre más o menos lo mismo. Siempre que hay una baja o cualquier otro problema relativo a la seguridad de los informadores, toda la responsabilidad recae en lo externo, en quien disparó, puso una bomba o secuestró. Eso es comprensible desde la óptica de las empresas informativas. Obviamente, son poco proclives a asumir responsabilidades de las cuales se derivarían conflictos laborales, pagos de indemnizaciones, inversión en formación y en equipos de protección. Menos entendible es, sin embargo, que el propio colectivo de informadores asuma ese discurso empresarial que ante las dificultades pone el acento en lo exógeno y se desentiende de lo endógeno. Resulta así de paradójico, que una profesión que no siempre justificadamente presume de reivindicativa y defensora de los débiles, compre tan fácilmente el discurso de los poderosos.

Ejemplos de esta situación hay muchos, siendo el de José Couso uno de lo más llamativos para el caso español. Partiendo del hecho evidente de que los responsables últimos de la muerte en Bagdad del operador de cámara al servicio de Telecinco son los tripulantes del carro de combate estadounidense que, en abril de 2003, abrió fuego contra el hotel Palestina de la capital iraquí y, de manera más indirecta, los mandos de los mismos, resulta sorprendente que su muerte sólo se haya enfocado desde lo exógeno. Así, en los seis años transcurridos no se ha hecho un esfuerzo por resaltar los elementos endógenos que rodean el caso, desde las presiones laborales derivadas de la ausencia de un contrato estable con la cadena —lo que a lo largo de la historia del periodismo de guerra se traduce en una merma de las condiciones de seguridad por la presión de distinto tipo que supone esa situación laboral—, pasando por los medios técnicos con los que se trabajaba o no y la ausencia de algún compañero en la azotea desde la que Couso grababa, lo que tiene que ver con el número mínimo de integrantes de un equipo de televisión en zona de conflicto armado (Sapag, 2004: 257-271).

Hay, no obstante, algunos otros casos en los que abiertamente se ha hecho un esfuerzo por analizar técnicamente, con criterio endógeno y en paralelo a las posibles acciones penales y de cualquier otro tipo, situaciones que involucran bajas de informadores. El más llamativo en literatura en castellano es el del operador de cámara español al servicio de la agencia APTN Miguel Gil Moreno, muerto en Sierra Leona en 2000 junto al informador Kurt Schork. En un

trabajo desapasionado y absolutamente técnico, incluido en el libro homenaje *Los ojos de la guerra*, Peter Mass se centra en todos los elementos endógenos que rodearon la muerte de Gil Romero. En ese sentido se destacan todos ellos, aunque es el relativo a la relación entre el corresponsal sobre el terreno y lo que hemos dado en llamar su retaguardia el más relevante. Mass explica cómo la presión ejercida por la redacción de APTN sobre Miguel Gil motivó que éste tomara la decisión de ir a un lugar que, previamente, él mismo había considerado excesivamente peligroso, incluso para un informador como él, que ya había demostrado en otros conflictos estar dispuesto a asumir elevados riesgos. “Una semana antes, uno de los supervisores de Gil Moreno había dicho al equipo de APTN que los editores de la agencia no estaban contentos con la cobertura de la detención del líder rebelde Foday Sankoh” (Mass, 2001:114).

Esa presión en forma de queja tenía que ver también, según Mass, con otro de esos factores endógenos, en este caso la competencia con la otra gran agencia distribuidora de material audiovisual para las televisiones de todo el mundo. “Reuters había superado a APTN en esa historia —la de Foday Zanco— y un medio de comunicación importante, que era cliente, se había quejado, según cuatro periodistas de APTN” (Mass, 2001:114).

Se aprecia ahí claramente el predominio de los intereses empresariales del medio sobre los puramente informativos. Las consecuencias para el informador en la zona fueron directas.

Después de la llamada Gil Moreno se había obligado a trabajar más duro. No quería que la competencia le venciera de nuevo. Se escucharon ruidos de disparos en la distancia. Los soldados que había en Robberi Junction dijeron que los rebeldes —del Frente Unido Revolucionario (RUF) que habían mutilado brutalmente a miles de civiles— estaban retrocediendo y que escoltarían a los periodistas si querían acercarse al lugar de la lucha. Aunque la carretera que tenían enfrente estaba rodeada de selva, a menudo sembrada de rebeldes, los soldados afirmaron que era segura, así que Gil Moreno y el equipo de Reuters siguieron adelante. Se dirigían a la clase de tierra de nadie que Gil Moreno, español, había aconsejado evitar a otros colegas. Dijo: “Alguien morirá porque esto no es un safari”, recuerda un periodista que trabajó cerca de Gil Moreno en Freetown (Mass, 2001:114).

A continuación, Mass echa por tierra una de las premisas de la escuela romántica y aventurera del periodismo de guerra, aquella que explica todo o casi en función de la buena o la mala suerte. Mass, por el contrario, sitúa en elementos endógenos claramente identificables la explicación de muchas de esas bajas que arrastra el periodismo de guerra.

Las zonas de guerra son lugares caóticos y peligrosos donde ocurren cosas malas. Pero no suceden siempre, y cuando pasan, generalmente puedes encontrar razones de por qué, o razones que contribuyeron a ello. Uno de los factores más alarmantes de los que me enteré cuando hablé con docenas de periodistas sobre Gil Moreno fue que él creía que la situación se estaba poniendo fuera de control en Sierra Leona, pero se sentía obligado a asumir riesgos que él consideraba que podían no ser inteligentes. Nadie sabe con exactitud lo que Gil Moreno estaba pensando cuando tomó esa carretera con sus amigos de Reuters, pero muchos periodistas, particularmente en AP, temen que fuera la presión de la competencia lo que le condujera a su muerte. (Mass, 2001:115).

Además de las presiones que le llegaban de la propia agencia para la que trabajaba, Peter Mass señala que Miguel Gil también sintió lo que en ese momento empezaba ya a convertirse

en un problema para los informadores profesionales: la competencia de *free lance* no profesionales e incluso de ciudadanos periodistas sin conciencia clara de lo que supone la información, aunque sí de la dimensión económica del periodismo audiovisual.

Gil Moreno se enfrentó a otras presiones en Sierra Leona. En ocasiones, en una zona de guerra APTN y Reuters compran cintas de periodistas *free lance* y seudoperiodistas que aparecen en sus oficinas con buen material, quizás imágenes de una masacre o de soldados inmersos en un tiroteo. Las grabaciones a menudo proceden de zonas de alto riesgo que los periodistas experimentados consideran prohibidas. A veces las cintas no son auténticas —imágenes de antiguas masacres que se hacen pasar por nuevas— pero si el material es fuerte y se le considera auténtico, Reuters o APTN o cualquiera pagará mucho dinero por él. Eso es lo que ocurrió antes de que mataran a Gil Moreno. Un *free lance* ofreció imágenes de combate al personal de APTN en Freetown pero las rechazaron. Fundamentalmente porque el tipo que se las ofrecía no les parecía de confianza. Se rumoreaba que se metía armado en medio del combate, que era más un mercenario que un periodista. Llevó también el vídeo a Reuters y ellos sí lo compraron por varios miles de dólares (...) parte de las imágenes eran importantes y fueron vistas en muchas partes del mundo (...). Según los dos periodistas con los que hablé, Gil Moreno y sus colegas de APTN, e incluso algunos reporteros de Reuters, estaban disgustados porque Reuters hubiera comprado las imágenes del combate viniendo de una fuente aparentemente dudosa. Aunque la grabación parecía ser auténtica, su compra legitimaba al *free lance*, cuyos métodos y maneras algunos consideraban que estaban por debajo de los estándares periodísticos. Tras la compra, el personal de Reuters en Sierra Leona se puso de acuerdo con el de APTN para rechazar futuras ofertas de este tipo. Pero la transacción aumentó la presión sobre Gil Moreno y el resto de cámaras responsables porque parecía que se había sentado un precedente, las ofertas de seudoperiodistas *free lance* se considerarían (Mass, 2001: 120-121).

El artículo de Mass también señala la formación técnica como un elemento clave a la hora de enfrentar la situación vivida en Rogberi Junction.

Berakis considera que sus dos años de servicio militar y el curso de Centurion¹⁰¹⁰ le ayudaron a sobrevivir en la emboscada de Sierra Leona. Me dijo que mientras andaba selva adentro tras el ataque eligió una senda a través del terreno más duro porque el camino más fácil, por donde se suponía que la gente escapara, también sería el que tendría más posibilidades de tener trampas explosivas y minas. Este fue uno de los consejos que aprendió en el curso de Centurion. Schork fue uno de los primeros periodistas de Reuters que hizo el curso. Gil Moreno, que tenía 32 años cuando murió, no lo hizo (Mass, 2001: 122 y 123).

CONCLUSIONES

El trabajo de Mass, en definitiva, indica que sí es posible abordar este tipo de cuestiones poniendo el acento en lo endógeno, que es aquello sobre lo que los informadores y las empresas de comunicación para las que trabajan realmente sí pueden operar frente a esos otros elementos, los exógenos, frente a los que sólo es posible adaptarse pues está claro que el periodismo no es quien establece las normas de entrada en combate de ejércitos regulares y, mucho menos,

de estos nuevos actores desordenados y ajenos a cualquier convención e incluso interesados en matar al mensajero para llamar la atención.

Se impone, pues, una mayor conciencia de lo endógeno en materia de seguridad. Es el único camino para establecer un protocolo de trabajo estricto que recoja las situaciones de riesgo que se dan en la cobertura de un conflicto armado. Como enseña la más que centenaria historia del periodismo de guerra, esas situaciones se repiten conflicto a conflicto con sorprendente regularidad. Una mayor atención a esa historia permitiría al periodismo de guerra superar su preocupante trayectoria circular, tanto en materia informativa como en la que aquí nos ocupa especialmente: la seguridad.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO BAQUER, Miguel, BIZCARRONDO IBÁÑEZ, Ángel y JUAN ECHÁVARRI, Guillermo de (coordinadores) (2001), *La sociedad española ante la Defensa y los conflictos internacionales*, Madrid, Fundación por la Modernización de España.
- CARRUTHERS, Susan L (2000), *The media at war*, New York, Palgrave.
- GARCÍA HERNÁNDEZ, L (1996), *Militares y periodistas. Información periodística especializada en el área de seguridad y defensa*, Madrid, Fragua.
- HUDSON, MILES & STANIER (1997), *War and the media*, Phoenix, Sutton Publishing.
- KAPLAN, Robert (2002), *El retorno de la Antigüedad. La política de los guerreros*, Barcelona, Ediciones B.
- . (2000), *La anarquía que viene*, Barcelona, Ediciones B.
- KISHAN THUSSU, Daya and FREEDMAN, Des (eds.) (2003), *War and the Media*, London, SAGE.
- KNIGHTLEY, Phillip (2000), *The first casualty: The war correspondent as hero and myth maker, from the Crimea to Kosovo*, London, Prion.
- MASS, Peter (2001), “Competencia mortal” en Manuel Leguineche y Gervasio Sánchez (eds.), *Los ojos de la guerra*, Barcelona, Plaza y Janés.
- PIZARROSO, Alejandro, GONZÁLEZ, Marta y SAPAG, Pablo (2007), *Periodismo de guerra*, Madrid, Síntesis.
- SAPAG, Pablo (2006), “Información internacional en televisión. De la contextualización al espectáculo”, en Juan Benavides Delgado, David Alameda García y Elena Fernández Blanco (eds.), *Nuevos temas de comunicación*, Madrid, Fundación General Universidad Complutense-Ayuntamiento de Madrid, pp.63-74.
- . (2006), “Periodismo de Guerra y tecnologías de la información. Una relación compleja y ambivalente”. Actas Primer Congreso Nacional Sobre Información, Seguridad y Defensa. Universidad SEK-Segovia, 205-216.
- . (2005), “External and internal factors regarding a war correspondent. A theoretical overview for IO and NGO public information officers”, en *Revista de Historia de la Comunicación Social*, Madrid, Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense, pp.221-232.

- . (2005), “Seguridad Europea e información televisiva”, en Juan Benavides Delgado, David Alameda García, Elena Fernández Blanco y Nuria Villagra García (eds.), *Nuevos retos y perspectivas de investigación en la comunicación*, Madrid, Fundación General Universidad Complutense, pp. 513-525.
- . (2005), “Organización interna de los medios de comunicación y FAS como argumento informativo”, en actas *Jornadas Sociedad y Defensa* organizadas por la Universidad de Almería y la Dirección General de Relaciones Institucionales del Ministerio de Defensa, Almería.
- . (2004), “Una doble tragedia. Los medios de comunicación y la guerra en Irak”, en Juan Benavides Delgado, David Alameda García y Elena Fernández Blanco (eds.), *Información, Producción y Creatividad en la Comunicación*, Madrid, Fundación General Universidad Complutense, pp. 257-271.
- . (2003), “Guerra contra el terrorismo-Guerra contra el Periodismo”, en Juan Delgado Benavides y Nuria Villagra García (eds.), *Públicos, Instituciones y problemas en la comunicación del nuevo milenio*, Madrid, Fundación General Universidad Complutense, 2003, pp. 311-321.
- SIMPSON, John (2002), *News from no mans’s land. Reporting the World*, Londres, Macmillan.

NOTAS

- 1 Frente a los *free lance* profesionales, que tienen una formación académica para dedicarse con un mínimo de rigor a las tareas informativas, al margen del tipo de relación laboral que mantienen con los medios de comunicación, los *free lance* no profesionales carecen de esa formación teórico-práctica y han llegado a desarrollar la actividad periodística única y exclusivamente por esas facilidades de transmisión y de desplazamiento enunciadas más arriba.
- 2 Nueve víctimas mortales en 29 años. En términos proporcionales, es una cifra especialmente alta teniendo en cuenta que el periodismo español no se caracteriza por tener entre sus áreas prioritarias la información de guerra. Por lo mismo, cuando de conflictos armados se trata, los medios españoles se nutren esencialmente del material que proporcionan las agencias. De ahí que, en todos esos años, sólo sean unos centenares los informadores de todo tipo y al servicio de los distintos medios españoles, los que han cubierto un conflicto armado. Esa realidad contrasta con la del periodismo anglosajón, que por razones históricas, políticas y comerciales tiene al periodismo de guerra entre una de sus mayores áreas de especialización, lo cual se traduce en un amplio contingente de informadores dedicados permanentemente a la cobertura de conflictos armados.
- 3 Definición a través de lo religioso, lo racial, lo lingüístico y lo cultural-valórico.
- 4 Se refiere al historiador militar Martin Van Creveld, autor de *The transformation of war*.
- 5 Conferencia del periodista Robert Fisk titulada “Frontlines and Deadlines: A view from the war zones”, pronunciada en el seminario *Journalists under fire. Media under siege*, organizado por European Media Forum, Londres y Dublín 27-30 de junio de 1996.
- 6 La Guerra Civil española no contribuyó a desarrollar un periodismo de guerra profesional, toda vez que el enfoque informativo interno fue por razones obvias absolutamente propagandístico. El trabajo fuertemente ideologizado de la mayoría de los corresponsales de guerra extranjeros que cubrieron el conflicto en España tampoco sirvió de ejemplo para el periodismo español. Knightley ofrece una buena perspectiva histórica sobre esa labor más propagandística que informativa del grueso de los corresponsales extranjeros en España.

- 7 Militares profesionales, periodistas profesionales, civiles y personal de las OIG y ONG, estos últimos crecientes en el último tiempo por las mismas razones que las de los *citizen journalists* y los *free lance*.
- 8 Nos referimos a materias como Teoría de la Comunicación, Teoría e Historia de la Propaganda, Estructura de los Medios, Historia, Idiomas, Armamento y otras.
- 9 Como en la segunda guerra mundial, otra vez se recurrió a las relaciones públicas y muy poco a la censura para controlar la información. Al tratarse de un conflicto totalmente distinto y al haber evolucionado la tecnología mediática —televisión en color—, a largo plazo esa apuesta resultó perjudicial para los intereses de los Estados Unidos.
- 10 Se refiere a la empresa británica que ofrece cursos de formación en materia de seguridad a periodistas y otros actores no militares presentes en los conflictos armados.